



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

---

---

## El Albur de la Muerte

Felipe Neri y Amador Salazar fueron dos representantes de ese grupo de campesinos que en 1911 se rebelaron con las armas en la mano contra el cacicazgo morelense que enriqueció a los favorecidos del Gobierno de Díaz.

Fueron dos fieros luchadores: cara adusta, frase entrecortada, ademán nervioso, serenidad ante el peligro; todas las características del guerrillero legendario que en nuestro país ha aportado libérrimamente su contingente de sangre y de vida a nuestra emancipación política, reunían en sus personas los dos generales zapatistas.

Una tarde del año de 1912, descansaban de las tareas nada gratas de la ruda campaña, en su campamento frente a Yautepec, y después de devorar con apetito que envidiarían los golosos ciudadanos, un rico mole poblano con su abundante ración de tortillas calientes, diéronse a jugar al “conquián”, sencillo y pintoresco, de “diez para hacer once”, que les había enseñado Zapata.

A poco, la partida volvióse interesante: los billetes del Banco de Morelos y las relucientes monedas de plata, cambiaban de poseedor alternativamente, y unas veces eran en manos de Salazar, cuando una tercia de reyes hacíanlas volver, por duplicado, a las de Neri, hasta que al fin éste, cansado como un sultán de sus mujeres, buscando sensaciones nuevas, propuso a Amador un albur, con apuesta tentadora para sus vanidades de hombre y sus valimientos de general.

—¡Vamos a jugar algo por la causa!—sentenció muy serio Felipe Neri—: el que pierda, tendrá que ir a matar a uno de los enemigos de la revolución, de esos que tanto hablan en Yautepec.

Aceptó Salazar, solemne, la singular proposición: no podía ser menos que su retador.

Y de las cartas, no muy limpias por el continuado ajetreo, surgieron un caballo y una sota.

Al caballo apostó Amador: debería darle el triunfo, sacarlo adelante en su arriesgada empresa, como su “retinto cuatralbo” en los combates, o lo “encarrilaría” hacia la muerte, que en un “corrido” de música abajeña, cantaría Marcianito Silva, el famoso cantor de Cuautla.

Premeditaron: cerca del campamento, Yautepec ofrecía el pánico de enemigos del zapatismo que se perfilaban como arietes de la dictadura y del cacicazgo ancestral: el jefe político, los concejales, los ricos hacendados, los incondicionales de unos y de otros, el jefe del destacamento, etc., etc., y jefe del destacamento integrado por rurales, hombres precisamente surgidos del movimiento revolucionario, era Ramón Castro, morelense como ellos, quien, enajenado a la causa popular (había pertenecido a la escolta de Zapata, en 1911), por interés al pré pagado por el Gobierno de Madero y por la ambición de mando, habíase convertido en constante y peligroso perseguidor de los zapatistas.

Sobre Román Castro recayó la terrible apuesta.

—¡A ver quién va a matarlo!— se dijeron los dos guerrilleros; y empezaron a “correr” la baraja: as de bastos, siete de espadas, cuatro de copas... ¡sota de oros!

Había perdido Salazar.

---

Aquel anochecer, Román Castro disfrutaba de sus prerrogativas de jefe militar y de civil casi omnipotente, en casa de una de sus amantes de Yautepec.

Beodo a medias, bendecía la hora en que Madero habíale otorgado oficialmente el poder de sus armas y endulzaba su siesta con el embrutecedor halago de su poderío que le hacía confundir la ven-

ganza ruin con la verdadera justicia: fulano de tal me la pagará; mengano ajustará cuentas conmigo.

Y se recreaba pensando en que todos los "levantados", inclusive y principalmente Zapata, habrían de caer en sus manos, sostenedora de la diosa Themis, cuando una voz sonora y áspera, lo volvió al mundo real, teatro de sus hazañas de palurdo señor de horca y cuchilla:

—¡Aquí está Amador Salazar, a ver si de veras eres hombre!

Ni una voz más: en la obscuridad de aquella noche, sólo se escucharon las detonaciones precipitadas de las pistolas de los dos rivales y por las callejuelas escuetas de Yautepec, la carrera vertiginosa de los caballos de los que huían.

Sobre el empedrado del arroyo, Román Castro agonizaba.

Salazar había pagado su apuesta al albur de la muerte.